

Cómo citar este artículo:

Monteiro, A. A., Siqueira da Silva, J. F., Raichelis, R., Ramos de Godoi, T. M. (2024). Cuestión social y progresismos en América Latina y África: el pensamiento crítico en la encrucijada. *Revista Eleuthera*, 26(2), 29-47. <http://doi.org/10.17151/eleu.2024.26.2.3>

Cuestión social y progresismos en América Latina y África: el pensamiento crítico en la encrucijada

The social question and progressivism in Latin America and Africa: critical thinking at a crossroads

AMOR ANTÓNIO MONTEIRO*
JOSÉ FERNANDO SIQUEIRA DA SILVA**
RAQUEL RAICHELIS***
TANIA MARIA RAMOS DE GODOI DINIZ****

Resumen

El artículo debate el significado de la cuestión social y de sus múltiples refracciones en parte de la periferia del capital (América Latina y África), así como analiza algunas de las particularidades de este orden social como unidad en la diversidad, en regiones que históricamente han contribuido con la acumulación de capital y estimulado prácticas anticapitalistas. A partir de eso, en el texto se analiza lo que más recientemente se ha caracterizado como progresismos, sus potencialidades y sus límites. En las notas finales, se indaga sobre el alcance de las agendas progresistas y nacionalistas para promover la erradicación de las causas estructurales que alimentan la desigualdad social en el capitalismo, más aún en el marco de los países periféricos y dependientes. A la vez, apunta cuestiones que desafían el

* Doctor en Trabajo Social por la Pontificia Universidad Católica de São Paulo, Universidad Católica de Angola. Departamento: Dirección de Estudios de Posgrado, Investigación Científica y Extensión y Coordinación del Programa de Posgrado en Trabajo Social y Política Social. Luanda. Provincia: Luanda; País: Angola. Correo electrónico: feno.amor@ucan.edu.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7562-9290>

 orcid.org/0000-0001-7562-9290. [Google Scholar](#)

** Doctor en Trabajo Social por la Pontificia Universidad Católica de São Paulo. Profesor titular del Departamento de Trabajo Social de la Universidad Estadual Paulista (UNESP). Postdoctorado: Universidad de la República (Uruguay-2020) y Universidad Nacional de La Plata (Argentina - 2015). Profesor Titular del Departamento de Trabajo Social de la Universidad Estadual Paulista (UNESP-Franca). Docente del Programa de Posgrado en Trabajo Social de la UNESP y profesor colaborador del Programa de Posgrado en Trabajo Social y Políticas Sociales de la Universidad Federal de São Paulo (UNIFESP), Provincia de São Paulo, Brasil. Correo electrónico: jose.siqueira-silva@unesp.br. ORCID:

 orcid.org/0000-0003-1040-9558. [Google Scholar](#)

*** Doctora en Trabajo Social por la Pontificia Universidad Católica de São Paulo. Postdoctorado: Universidad Autónoma de Barcelona (UAB - 2013); Profesora del Programa de Posgrado en Trabajo Social de la Pontificia Universidad Católica de São Paulo, ciudad de São Paulo, Provincia de São Paulo, Brasil. Correo electrónico: raquelrd@puosp.br . ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3275-3755>. Enlace de Google Scholar: <https://scholar.google.com.br/citations?user=GDdn9TIAAAAJ&hl=pt-BR>

 orcid.org/0000-0003-3275-3755. [Google Scholar](#)

**** Doctora en Trabajo Social por la Pontificia Universidad Católica de São Paulo. Profesora del curso de Trabajo Social y del Programa de Posgrado en Trabajo Social y Políticas Sociales de la Universidad Federal de São Paulo (UNIFESP). Ciudad: Santos, Departamento de Políticas Públicas y Salud Colectiva, Provincia de São Paulo, Brasil. Correo electrónico: tania.diniz@unifesp.br .

 orcid.org/0000-0003-3715-1438. [Google Scholar](#)



rev. *eleuthera*. Vol. 26 n.º 2, julio-diciembre 2024, 29-47

Recibido: 19 de marzo de 2024. Aprobado: 3 de julio de 2024

ISSN: 2011-4532 (Impreso) ISSN: 2463-1469 (En línea)

<http://doi.org/10.17151/eleu.2024.26.2.3>

trabajo social en la implementación de un proyecto ético-político profesional radicalmente anticapitalista en América Latina y África.

Palabras clave: cuestión social, progresismos, nacionalismos, América Latina, África, trabajo Social.

Abstract

The article discusses the meaning of the social question and its multiple refractions in part of the periphery of capital (Latin America and Africa), as well as analyzes some of the particularities of this social order as unity in diversity, in regions that have historically contributed to the accumulation of capital and stimulated anti-capitalist practices. Based on this, the text analyzes what has more recently been characterized as progressivism, its potentialities and its limits. In the final notes, the scope of progressive and nationalist agendas to promote the eradication of the structural causes that feed social inequality in capitalism, even more so in the context of peripheral and dependent countries, is explored. At the same time, it points out issues that challenge social work in the implementation of a radically anti-capitalist professional ethical-political project in Latin America and Africa.

Key words: social question, progressivism, nationalism, Latin America, Africa, social work.

1. Introducción

El texto presentado forma parte de una investigación internacional e interinstitucional denominada *El trabajo social en la historia: cuestión social, movimientos sociales y luchas sociales en América Latina y Europa (1960-2020)*, material sistematizado por un subgrupo de investigadores de universidades de la provincia de São Paulo (Brasil) y de Angola, que coordinan el subproyecto titulado *Anticapitalismo y trabajo social: unidad, diversidad y tendencias en Brasil y Angola*.¹ El propósito de los autores en este artículo es debatir el significado de la cuestión social y de sus múltiples refracciones en parte de la periferia del capital (América Latina y África), así como exponer y analizar algunas de las principales particularidades de este orden social en estos lugares, como unidad de lo diverso que caracteriza esta región que históricamente ha contribuido con la acumulación de capital y estimulado prácticas anticapitalistas². Dicho esto, y desde esta base, en el texto se analiza lo que más recientemente se ha caracterizado como progresismos, sus potencialidades y sus límites, en un escenario de radicalización neoliberal global, en el proceso de profundización de la concentración y centralización del capital y el crecimiento de la extrema derecha. En las observaciones finales e inconclusas, se ofrecen pistas para ubicar al trabajo social como profesión en esta compleja y contradictoria realidad.

¹ En el subproyecto participan las siguientes universidades: Pontificia Universidad Católica de São Paulo (PUC-SP), Universidad Estadual Paulista (UNESP), Universidad Federal de São Paulo (UNIFESP) e Instituto Superior Juan Pablo II de la Universidad Católica de Angola (UCAN).

² En este texto no se profundiza en el análisis de los significados teóricos y políticos del anticapitalismo y sus polémicas, para lo cual remite al lector al artículo *El anticapitalismo y sus aproximaciones con el trabajo social brasileño: anunciando algunas controversias y concepciones*, que forma parte de este número de la Revista Eleuthera, producto del mismo proyecto de investigación actualmente en desarrollo.

2. La cuestión social en la periferia del capital: unidad en la diversidad

El trabajo social como profesión —su génesis, desarrollo y renovación— está estructuralmente articulado a lo que convencionalmente se ha caracterizado como cuestión social (Yazbek y Iamamoto, 2019). Sin embargo, esta palabra, utilizada de manera genérica e inmediata para caracterizar un conjunto de problemas propios de la fase competitivo-industrial del capitalismo en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XIX (Marx, 2010; Netto, 2001; Iamamoto, 2001), ha sido analizada desde diferentes perspectivas teórico-políticas —incluso en el área del trabajo social—, con el objetivo de perpetuar el orden del capital, reflexionar sobre la necesidad de reformarlo o estimular su crítica más radical. En este debate, que dista mucho de ser pacífico, es necesario preguntarse: ¿qué significa cuestión social?

Inicialmente, el debate sobre lo que se ha denominado cuestión social puede ser útil para orientar reflexiones en el campo anticapitalista si: a) el contenido que la explica, que le da sentido, es extraído y reconstruido a partir de determinaciones objetivas relacionadas con un tiempo histórico preciso, es decir, desde una base material que sustenta la producción y reproducción de los seres sociales en la historia (Iamamoto, 2007; Iamamoto y Dos Santos, 2021), sus necesidades reales; b) debe constituirse por una tensión anticapitalista concreta capaz de orientar la articulación entre los problemas genuinamente humanos y las luchas reales por niveles crecientes de emancipación política y humana que se vuelvan contra el capital y el capitalismo (Marx, 2009) o, al menos, que contengan potencia para desarrollarse en esta dirección.

El amplio debate sobre las diversas comprensiones de la cuestión social es legítimo y absolutamente necesario en el nivel teórico y en las confrontaciones reales que marcan los diferentes espacios de la vida social. En el estudio aquí propuesto la expresión tiene un significado muy preciso: su explicación está estructuralmente relacionada a la “ley general de la acumulación capitalista” (Marx, 20013b), en las condiciones objetivas de la segunda mitad del siglo XIX, considerando que la acumulación monetaria anterior se intensificó a partir del siglo XVI, desde una base mercantilista, su expropiación inicialmente comercial, a menudo articulada con el robo explícito u oficializado por el pacto colonial, así como el despojo de los campesinos europeos y la expropiación de tierras eclesiásticas y estatales en el proceso de erosión del orden feudal —conocido como acumulación originaria— (Marx, 2013).

El capitalismo, a partir de la segunda mitad del siglo XVII, en su fase competitiva, reorganizó el proceso de acumulación centrándolo fundamentalmente en la venta de la fuerza de trabajo en el espacio de las fábricas —en este caso la extracción de plusvalía, como trabajo realizado y no remunerado, (Marx, 2013)—, la base de la expropiación, la propiedad privada de los medios de

producción y la apropiación privada de la riqueza socialmente producida. La tendencia relativa de crecimiento del capital constante –destinado a los medios de producción– en relación con el capital variable –utilizado en la reproducción de la fuerza de trabajo–, que constituye la composición orgánica del capital (Marx, 2013), genera, con el avance de la acumulación, una sobrepoblación relativa, diversa e importante, a partir de aquellos (as) trabajadores (as) que sobreviven en el circuito empleo/desempleo, sus fracciones más expuestas, parcialmente empleadas/precariamente o descartadas permanentemente, “parte constituyente del ejército industrial de reserva” (Marx, 2013, p. 719-720).

Así, el capital es una relación social que produce colectivamente riqueza al mismo tiempo que la privatiza. Lo hace, sin embargo, como una reproducción general en una sociedad dada (la burguesa), construyendo, sobre la base de la propiedad privada de los medios de producción, un marco social, político, cultural e ideológico que constituye y funciona como totalidad social. El pauperismo (relativo y absoluto) intrínseco a la creciente acumulación de capital, no exento de un rico campo de mediaciones (Marx, 1989), orienta el sentido exacto de lo que se entiende por cuestión social, inicialmente reconocida por la burguesía inglesa como un conjunto de “problemas sociales” a partir de la segunda mitad del siglo XIX (Marx, 2010).

La transición del siglo XIX al siglo XX impuso otra corriente de transformaciones globales. La primera gran crisis de acumulación de capital de la era industrial (1873-1896), alimentada por las revueltas obreras, generó una fuerte reorganización productiva que hizo el paso del capitalismo competitivo al capitalismo monopolista. Esta fase de acumulación formó monopolios, fusionó el capital industrial y bancario –como capital financiero–, capturó orgánicamente a los Estados nación, redefinió el papel de los fondos públicos en el desarrollo capitalista y en la gestión de la cuestión social –en el proceso de lucha de clases– y rearmó el viejo colonialismo, como neocolonialismo, exportando capitales adicionales utilizados para modernizar las antiguas colonias y expandir los intereses imperialistas. América Latina (Sur y Central), el Caribe y África, en distinto grado, como parte importante de la periferia del capital, han reactualizado su inserción en la división internacional del trabajo, reorganizándose a partir del legado colonial –con desigualdades internas–, en tiempos imperialistas-monopolistas (Lenin, 2008; Hobsbawm, 1988).

La explicación de la cuestión social requiere un segundo elemento esencial. La revolución burguesa europea, llevada a cabo a la “manera clásica” –aunque en diferentes tiempos–, es constituida por peculiaridades en las periferias del capital. Los países latinoamericanos se han constituido como sociedades capitalistas que se efectivaron muy tardíamente (Chasin, 2000; Fernandes, 1987). Son, por lo tanto, marcados por legado del colonialismo, por las consecuencias del esclavismo (Moura, 1998), por el genocidio de los pueblos originarios que habitaban estas regiones antes de la llegada de los europeos a las Américas, y por la empresa colonial marcada por el monocultivo organizado a partir de latifundios que alimentaron la

acumulación original de capital. Es importante considerar las particularidades del capitalismo dependiente que se constituyó y se impuso a lo largo del siglo XX en América Latina (Fernandes, 2009; Marini, 2013; 1973), impensable sin el imperialismo, con la fuerte participación de los Estados como gestores de fondos públicos destinados a la acumulación, la exportación de excedentes de capital de las economías centrales y el intenso proceso de financierización en un escenario de lucha de clases y organización de una clase trabajadora amplia y diversa (Antunes, 2018; 1999).

Sin embargo, hay una gran diversidad en la región. Si, por un lado, países como Brasil, Argentina y México han experimentado brotes de industrialización a lo largo del siglo XX que no se han sostenido, la gran mayoría de las naciones latinoamericanas se constituyeron como países no industriales, o con bajísimo nivel de industrialización, a menudo articulado a la tradición agrícola. Brasil, Argentina y México han cumplido, en el proceso de globalización del capital, un papel regional estratégico en la economía mundial: son naciones con un cierto nivel de industrialización necesaria —como subsidiarias de las regiones centrales y su tecnología—, con un importante mercado interno, además de representar economías dependientes de la exportación de productos primarios en general (minería y alimentos —estos últimos conocidos como agronegocio, es decir, una agricultura de alta tecnología, no ecológica, en gran escala, articulada a cierta industrialización necesaria—). En el caso de México, también por su cercanía a los Estados Unidos, son frecuentes las conocidas “maquilas”, compuestas esencialmente por mano de obra femenina y barata³. Ahora bien, esto impone a esta región, de diferentes maneras, la reedición de rasgos centrales de una tradición colonial que depende de la importación de capitales y de su tradición organizada, principalmente, desde el sector primario de la economía, aunque modificada, modernizada y con cierto parque industrial.

Así, incluso en aquellos países latinoamericanos más estratégicos para la economía mundial capitalista, marcados por una modernización conservadora (Ianni, 2019), plagados de desigualdades sociales, de la tradición colonial y dependiente —en la que Brasil es un ejemplo típico—, siempre ha existido una dependencia del capital extranjero, con la participación directa de una burguesía local y regional resignada a un papel subordinado en el capitalismo internacional liderado por Estados Unidos. Más recientemente, esta dependencia se ha reproducido con China —aunque se reconozca las importantes iniciativas del Mercado Común del Sur (Mercosur) y de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica)—. Sin embargo, incluso en las economías latinoamericanas más fuertes, con mayores mercados internos para el consumo de bienes duraderos y una cierta acumulación de capital, el neocolonialismo y la dependencia son una regla.

³Véase: <https://www.youtube.com/watch?v=WUQgFzkE3i0>

¿Qué es esencial para analizar concretamente esta realidad? En las sociedades latinoamericanas, la trayectoria colonial y la revolución burguesa —efectivamente llevada a cabo en ellas— generaron cierto tipo de desarrollo desigual-combinado muy heterogéneo (De Oliveira, 2020), basado en un tipo de modernización conservadora que fue bastante diversa en toda la región —sometida al lugar de estas naciones en el mercado mundial—.⁴ Esto imprimió marcas peculiares de esta formación social en las clases sociales que allí se constituían, con élites desconectadas de la realidad nacional, mirando hacia afuera, poco o nada comprometidas con las demandas internas de los países (Fernandes, 2009, p. 41-120). La cuestión social y sus refracciones y las formas de afrontarlas adquieren un perfil particular que necesita ser dilucidado y que amplifica formas particulares de opresión que constituyen la esencia de la realidad social, teniendo como referencia las actuales determinaciones del orden del capital impuesto a la periferia y objetivado bajo sus condiciones.

África, a su vez, no escapa a esta dinámica produciendo, en su amplia diversidad, contextos muy específicos. La mayoría de los países africanos son dependientes, inscritos en la tradición colonial y productores agro-mineros, propietarios de codiciadas reservas naturales (petróleo, gas, oro, diamantes etc.), pero con la particularidad de exportar fuerza de trabajo históricamente puesta en movimiento en toda América Latina y el Caribe, que ha enriquecido las regiones centrales desde la acumulación original de capital. El colonialismo africano, por lo tanto, en el contexto del capitalismo, es históricamente un proveedor de fuerza de trabajo y la América Latina tradicional receptora de ella, aunque no necesariamente beneficiaria de los frutos de esta explotación.

A finales del siglo XIX, África y Asia fueron testigos de un gran movimiento de expansión colonial europea, acompañado por Estados Unidos y Japón. El imperio colonial europeo tiene sus orígenes a principios del siglo XV, con el establecimiento de los primeros puestos comerciales en estas regiones. Según Ferro (1996), este discontinuado movimiento, marcado por fases de expansión-contracción hasta el siglo XVIII, dio lugar a la creación de imperios europeos. Por ejemplo, la dominación británica a principios del siglo XIX se extendió a la India, Sudáfrica y Canadá, y a las posesiones coloniales de Australia, Nueva Zelanda, el Caribe y la Guayana Francesa. Los Países Bajos también tenían importantes colonias en el lejano oriente, en Indonesia. Francia, España y Portugal conservaron sus antiguos imperios dispersos por todo el mundo. Para el mismo autor, a principios del siglo XIX se produjo una nueva fase de expansión colonial con la política imperialista de Gran Bretaña, siguiendo una estrategia de penetración en Asia, mientras los franceses se establecieron en el norte de África y emprendieron acciones en el sudeste asiático, donde organizaron las bases de su nuevo imperio.

⁴ Cierta forma de industrialización inestable en Brasil, México y Argentina, con mayor o menor énfasis en la agricultura modernizada; las minas y frutas chilenas; la carne vacuna uruguaya y argentina; el gas natural y la minería en Bolivia; el petróleo venezolano; los frutos de Centroamérica; la agricultura colombiana (café y ganadería); la pesca peruana (exportadores de aceite de pescado) y su minería; la agricultura y el turismo caribeño. Algunos ejemplos, entre otros países que han recorrido caminos similares, aunque diversos.

Ferro (1996) también señala que las potencias coloniales europeas, después de la Segunda Guerra Mundial, comenzaron a declinar junto con el crecimiento de los nacionalismos, tanto en África como en Asia. De este modo, la descolonización emerge como un movimiento histórico continuo. En África, en la década de 1950, el germen anticolonialista y antiimperialista en el norte del continente obligó a Francia a abandonar sus protectorados de Túnez y Marruecos y, más tarde, de Argelia. El movimiento anticolonialista y antiimperialista se extendió rápidamente por todo el continente africano, estimulado por la confrontación política e ideológica de las potencias estadounidense, soviética y china durante la Guerra Fría. En este período, y en el apogeo de la confrontación Este-Oeste, se formaron dos bloques imperialistas antagónicos, consolidados, en ambos bandos, por la constitución de fuertes alianzas. El desmantelamiento de los imperios coloniales europeos se convirtió en un objetivo para las dos grandes potencias, siempre seguidas de cerca por China, con el fin de atraer las simpatías de los pueblos que se emancipaban políticamente del yugo colonialista, pasando a formar parte del llamado tercer mundo.

Según Hobsbawm (1996), a pesar de la influencia masiva de las superpotencias, muchos países independientes han hecho un esfuerzo por salir de esta terrible situación orientándose hacia el no alineamiento. La Conferencia de BANDUNG es el paradigma típico de este posicionamiento, al igual que las siguientes reuniones de no alineación. En el caso de Angola, los movimientos independentistas no pudieron escapar a esta influencia. El Movimiento Popular para la Liberación de Angola –Partido Laborista (MPLA-PT), movimiento que proclamó su independencia reconocida en 1975, se alió a la URSS. El Frente Nacional para la Liberación de Angola (FNLA), a su vez, se unió a Francia, y la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA) se acercó a China y, más tarde, a Estados Unidos. Por lo tanto, aunque en África y en Angola –en particular– la lucha anticolonial y antiimperialista fue también una lucha nacionalista, ellas no pueden confundirse ni reducirse la una a la otra. De la misma manera, el nacionalismo de las luchas anticoloniales y antiimperialistas no está en contradicción con el internacionalismo. Como muestra Anderson (2019), las colonias portuguesas, especialmente Angola y Mozambique, fueron los ejemplos más profundos y significativos de socialismo democrático y popular. Los años de lucha armada por la independencia (1960 y 1975), en plena Guerra Fría y no alineamiento, les dieron tiempo para reflexionar y adoptar posiciones de inspiración socialista, acercándose particularmente a China, URSS y Cuba.

La dependencia, entonces, es un complejo social muy diverso que articula la dominación económica y la sumisión ideológica y cultural, consolidada y reorganizada sistemáticamente a lo largo del siglo XX. Esto impone la necesidad de un enfoque histórico-crítico que valore la formación social latinoamericana y africana –en su amplísima conectividad y diversidad–, la reorganización de esta en la fase monopolista-imperialista desde fines del siglo XIX, a la vez que rescata las determinaciones actuales: “financierización generalizada, intensa flexibilización, desregulación, precarización e intensificación laboral, cosificación objetiva y subjetiva de la vida, recorte de derechos, la digitalización y la intensa captura de estados y fondos públicos” (Antunes, 2018, p. 92-93).

3. Progresismos y cuestión social en América Latina y África: límites y potencialidades

Con referencia a la concepción de la cuestión social expuesta en el punto anterior, inseparable de las revoluciones burguesas “clásicas” pero impregnada de la herencia de la empresa colonial, la esclavitud y el genocidio de los pueblos originarios —en el caso de los países dependientes de América Latina y África—, se propone debatir los *progresismos* en América Latina y sus posibles (des)conexiones con visiones, prácticas y luchas anticapitalistas destinadas a revertir las refracciones de la cuestión social. (Des)conexiones que sugieren la importancia de considerar también África y sus *nacionalismos*, en los procesos independentistas de sus países y las luchas contra el imperialismo en su forma colonial, concebida como una primera etapa de la revolución política para la construcción de la unidad africana (Nkrumah, 1965, como se citó en Scherer, 2016, p. 157).

La referencia es a los gobiernos que, durante un período de la historia, fueron capaces de agregar fuerzas políticas que vislumbraron posibilidades de transformaciones más radicales en las relaciones sociales existentes. Si en América Latina, en varios países, los gobiernos progresistas conquistaron espacios en la agenda política a finales de la década de 1990 y experimentaron un giro generalizado a la izquierda liderado por los movimientos populares (Castelo, 2010), en África este proceso político comenzó mucho antes, en la década de 1950, y se extendió hasta la década de 1990. Sin embargo, a mediados de la tercera década del siglo XXI, los impulsos históricos de transformaciones radicales en las relaciones sociales vieron agotado su ciclo potencialmente revolucionario (Osorio, 2016) frente a las dinámicas expansivas y contradictorias del neoliberalismo por la garantía de la propiedad privada y de rentas a capitalizar.

En el análisis de varios autores (Bensaid, 2015; Harvey, 2014; Mészáros, 2015), después de más de dos décadas, es evidente que las transformaciones sociales no se han materializado ya que, por el contrario, el capitalismo en su expresión neoliberal se ha consolidado como una estrategia del capital para recuperar su capacidad de acumulación expandida frente a una crisis estructural que es universal en una escala de tiempo continua y permanente, y que amenaza la propia continuidad y reproducción del sistema metabólico del capital.

Es notoria la decadencia y crisis del neoliberalismo, resultado del fracaso de sus promesas de crecimiento a través del fortalecimiento de la economía de mercado, la privatización, la disminución de los gastos estatales con los derechos y la captura de los fondos públicos en favor de la acumulación. En todos los países que han aplicado la prescripción neoliberal desde el Consenso de Washington (1989), no solo en la periferia capitalista, sino también en los países capitalistas centrales (Harvey, 2011), las crisis asumen cada vez más un carácter sistémico y

estructural, intensificando la irracionalidad del capitalismo, cuyas dimensiones más bárbaras se han traducido en “saltos gigantescos en la concentración y centralización del capital y en la subordinación de enormes masas de trabajadores por parte de las expropiaciones masivas” (Fontes, 2010, p. 17 –traducción propia–).

En este contexto, se trabaja con la hipótesis analítica de que los gobiernos progresistas en América Latina, así como los nacionalistas en África, aquí también llamados gobiernos populares considerados en sus diversidades y diferencias –especialmente en las formas en que legitimaron las políticas públicas destinadas a consolidar el poder de la clase capitalista (Harvey, 2011) –, al priorizar agendas antineoliberales desdibujaron la lucha central contra el propio capitalismo, bajo un nuevo patrón de producción y reproducción social que busca acelerar los procesos de acumulación y centralización del capital. El objetivo aquí es solo señalar que, a pesar de las particularidades de los proyectos políticos y de las experiencias emprendidas, algunas de las cuales ciertamente están más radicalizadas, en términos macroestructurales, la mayoría de los gobiernos populares han reafirmado las tesis centrales del programa neoliberal, así como la presencia del neocolonialismo africano se ha convertido en el principal instrumento del capitalismo, expresado en la injerencia y el control externos con el sistema económico y político dirigido desde el exterior (Scherer, 2016).

Teniendo en cuenta las controversias que rodean el término y las diferentes concepciones involucradas, entendemos que

El progresismo ha sido una palabra constante en el discurso político de la izquierda desde la primera mitad del siglo XX, en el sentido de designar a los actores políticos a favor de lo que suele llamarse “transformación social”, en contraposición al conservadurismo y elitismo, generalmente asociados a posiciones de derecha. (Fuser, 2018, p. 81 –traducción propia–).

En estos términos, la idea de “progreso social” es una noción asociada a la modernidad capitalista y envuelta en la llamada “ideología del progreso”, impulsada por el desarrollo de la ciencia y la tecnología, basada en criterios de soberanía nacional⁵.

⁵ Cuestiones polémicas que se refieren al debate sobre el llamado desarrollismo nacional en América Latina, liderado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) –entre los años 1950-1960–. Se trata de una tradición intelectual que reúne una amplia gama de posiciones en torno a las teorías explicativas sobre las condiciones estructurales del subdesarrollo en la periferia del sistema imperialista mundial y sus posibilidades de superación, proceso truncado por los golpes militares-empresariales que se sucedieron en las décadas de 1960 y 1970 en varios países latinoamericanos. Un debate que expresa la pluralidad de ideas intelectuales progresistas en el amplio arco del pensamiento intelectual de centroizquierda, que van desde la defensa de un desarrollo capitalista autónomo para la región –posición de la CEPAL– hasta propuestas de inspiración socialista alimentadas y estimuladas por la revolución socialista cubana. Para más información consultar Ianni (1988); Oliveira (2020); Castelo (2010); Fontes (2010).

En este campo de diversidades y pluralidades en torno a concepciones y propuestas progresistas, para Osorio (2016) se trata de procesos que implican la capacidad de los gobiernos de potenciar las fuerzas sociales para llevar a cabo “la revolución del siglo XXI” (p. 28). Así, la otra noción involucrada en esta conceptualización del progresismo se refiere a su identificación con posiciones de izquierda, lo que implica necesariamente considerar los valores de igualdad y libertad como principios centrales.

Por otro lado, en cuanto a los temas de este estudio, se observan conexiones entre este debate y el nacionalismo africano, que expresará, a través de las luchas por la independencia, un pensamiento crítico sobre el colonialismo y el eurocentrismo, problematizando la historia del continente negro y, sobre todo, dando testimonio de la importancia de consolidar el socialismo africano, del que emergen las huellas del anticapitalismo y el protagonismo antiimperialista y anticolonial (Scherer, 2016).

Sin embargo, si los gobiernos progresistas y nacionalistas deben tener como premisa principios democráticos que guíen sus acciones, tal afirmación impone conceptualizaciones, empezando por la polisemia del término democracia: ¿qué democracia y para quién?

En palabras de Wood (2010, p. 173 –traducción propia–), “en la democracia capitalista moderna, la desigualdad socioeconómica y la explotación coexisten con la libertad cívica y la igualdad”. Es en este sentido que se deben evitar especulaciones conceptuales y problematizar las concepciones de democracia y progresismo en el contexto latinoamericano, así como el nacionalismo africano desde una perspectiva histórica, económica, política y bajo diferentes determinaciones sociales. Y reflexionar, a partir de la afirmación de Wood (2010, p. 7 –traducción propia–), para quién “el capitalismo es, en su esencia, incompatible con la democracia”.

Según Amin (2001), en términos históricos, entre 1500 y 1800, período de transición del feudalismo al capitalismo, surgieron las primeras formas de polarización, con la conquista de América, la esclavización de los pueblos de África y zonas colonizadas en la periferia del sistema económico. Entre 1800 y 1950, la globalización se basó en la industrialización de los países centrales y en la negación de esta posibilidad a los países de la periferia. La mundialización del capital se sustentó en los conflictos entre los países centrales y la aceleración de la colonización de las periferias, determinando las formas y los límites de la democracia burguesa de la época.

Después de la Segunda Guerra Mundial se produjo una inflexión que cambió las condiciones para la expansión del capitalismo, cuando se modificaron las relaciones sociales de fuerza a favor de la ampliación de los derechos de la clase trabajadora, con la construcción de los estados de bienestar, una experiencia típicamente eurocéntrica, en la que se establecieron compromisos políticos entre el capital y el trabajo. Alcanzaron límites históricos en la década de 1980, sin haber creado las condiciones para el avance de las fuerzas populares.

Cabe señalar que, en la particularidad de América Latina en este período histórico, las disputas políticas y sociales en torno al desarrollo tienen distintas concepciones de autonomía y cambio social (Bringel y Muñoz, 2017).

La década de 1950 fue fértil para los acontecimientos políticos y sociales, con el surgimiento de las luchas sociales campesinas y urbanas, la presencia de un proletariado pobre en las ciudades, una clase media insatisfecha con el modelo de desarrollo propuesto por la burguesía industrial, procesos que derivaron en convulsiones y crisis políticas y económicas que afectaron a varios países latinoamericanos. Una crisis de acumulación y realización de la producción que culminó, entre mediados de la década de 1960 y la década de 1980, con la instalación de dictaduras militares-empresariales (Marini, 2010), represiones/persecuciones políticas e intenso proceso de internacionalización de la economía. La Revolución cubana fue un hito en este proceso, porque “el imperialismo, después de la Revolución cubana, cerró todas las puertas del desarrollo autónomo y comenzó a actuar enfáticamente contra cualquier proyecto nacional popular con tendencias socialistas” (Raichelis, 2014, p. 587 —traducción propia—). Así, se sucedieron varios golpes en el período, tales como Brasil y Bolivia en 1964, Argentina en 1966 y 1976, Bolivia nuevamente en 1971, Chile y Uruguay en 1973.

A partir de la década de 1980 se pusieron en práctica programas de ajuste estructural y desmantelamiento de las conquistas de derechos sociales y políticos, en defensa de la reanudación del proceso de acumulación ampliada de capital, poniendo fin al período nacional-desarrollista e introduciendo el programa neoliberal orientado a la estabilidad financiera para la plena expansión del capital-imperialismo (Fontes, 2010).

Con el objetivo de presentarse como una alternativa al patrón de producción y reproducción social, el capitalismo contemporáneo mundializado y financierizado evoluciona, sometiendo las políticas públicas favorables a la democracia y los derechos a objetivos estratégicos del poder de la burguesía, en torno al monopolio de las nuevas tecnologías, el control de los flujos financieros, del acceso a los recursos naturales, de los medios de comunicación y de las armas de destrucción. Sin embargo, a finales de la década de 1990, debido a los desastrosos resultados, el neoliberalismo mostró signos de agotamiento frente a los desequilibrios macroeconómicos y sociales, la degradación del mundo del trabajo y de la naturaleza, la reducción de los derechos sociales y el aumento del pauperismo (Castelo, 2010). De esta violencia institucional surgieron fuerzas políticas y sociales, frentes populares democráticos y movimientos sociales anticapitalistas en defensa de un proyecto progresista de nación.

Es a partir de este contexto que, entre la primera década del siglo XXI y principios del segundo, se abre una ventana histórica para un giro a la izquierda con el triunfo de varios gobiernos de América Latina y el Caribe llevados al poder por fuerzas políticas identificadas con posiciones progresistas, con mayor autonomía y diálogo con países de otras regiones periféricas. Fue

posible elegir a Hugo Chávez en Venezuela, Manuel Zelaya en Honduras, Rafael Correa en Ecuador, Evo Morales en Bolivia, Fernando Lugo en Paraguay, Michelle Bachelet en Chile, Tabaré Vázquez y José Mujica en Uruguay y Lula en Brasil.

Sin embargo, como hemos señalado, las expectativas de transformación social no se materializaron, ni se produjo la proclamada ruptura con la hegemonía de los intereses capitalistas en la región. Por el contrario, sobre la base del predominio del capital financiero se profundizaron los acuerdos neoliberales que afirman la primacía del mercado, a la vez que se constituyeron políticas de reducción de las desigualdades con mayor equidad social (Bringel y Muñoz, 2017). En otras palabras, los cambios que se produjeron no afectaron el patrón de producción y reproducción del capital, no alteraron la propiedad privada de los medios de producción, ni hubo ninguna apropiación de la riqueza socialmente producida por los trabajadores.

Pero no se puede ignorar la importancia social y política de la agenda de intervención política de los gobiernos progresistas en América Latina. Un progresismo que convivió con períodos de crecimiento económico y reducción de la desigualdad, al menos relativos, con políticas públicas orientadas a reducir la pobreza y la miseria, cuyos límites fueron potenciados, de alguna manera, por la confrontación de las orientaciones económicas provenientes del centro del capitalismo mundial, a pesar de que se mantuvo el papel subordinado de los países en la división internacional del trabajo. La presión por la urgencia de respuestas económicas y sociales al agravamiento de la cuestión social, aunque parciales e insuficientes, ha interferido en el avance de las reformas estructurales, manteniendo la configuración social y política de las clases dominantes que, históricamente, han renunciado a un proyecto de desarrollo autónomo (Fuser, 2018). En estos términos, como advierte Harvey (2011), es imposible un capitalismo socialmente justo que beneficie a todos.

Se puede identificar una conexión entre los movimientos de capitales para salir de la crisis y las tendencias geopolíticas provocadas por el capitalismo mundial en busca de nuevos modelos de desarrollo al tensar los límites del progresismo en América Latina, fertilizando las estructuras de desestabilización política y golpes de Estado (Bringel y Muñoz, 2017). Hay que recordar que la crisis financiera de 2008-2009 desató uno de los peores desastres económicos globales de los últimos años en el corazón del capitalismo imperialista, extendiéndose al resto del mundo con efectos catastróficos y duraderos para millones de personas.

El deslizamiento hacia la (extrema) derecha en varios países de América Latina opera de manera particular en cada nación, pero hay una gramática común: en la economía, el agravamiento de la crisis con la recesión, acelerada por la caída de los precios de las materias primas; en el plano social, la deslegitimación de los progresismos como capaces de provocar cambios reales en las condiciones de vida de las poblaciones empobrecidas; en el plano político, las disputas electorales por el poder más que por agendas diferentes entre la derecha y la izquierda.

La prolongada ofensiva neoliberal-conservadora es sostenida por opositores externos e internos a los gobiernos populares, con el apoyo de una derecha radicalizada con fuerza en el parlamento y en las calles. En este contexto, la desconfianza hacia las instituciones y las formas tradicionales de pensar y ejecutar la política se profundiza bajo la ambivalencia de un discurso de salvación de la democracia. Se viven tiempos de desindustrialización y dismantelamiento de las estructuras de protección social y de empeoramiento de las desigualdades. También hay que agregar, por la gravedad que ha asumido, la escalada de la represión histórica de carácter racial y clasista contra pobres, negros, pueblos originarios y periféricos, con un aumento exponencial de la violencia, la militarización de la seguridad interna y la criminalización de los movimientos populares.

A partir de este marco, múltiples controversias se abren para este análisis y problematización. En un esfuerzo por sintetizar y “equilibrar” los debates alrededor de los progresismos, es posible ver que las posiciones están divididas, no solo en Brasil, sino en la izquierda latinoamericana en general.

Una parte sostiene que los gobiernos progresistas han sido un paso adelante, siendo su principal argumento la reducción de la pobreza, o más precisamente de la miseria, llevándola a los niveles más bajos de la historia reciente. Hay que tener en cuenta dos elementos: por un lado, el crecimiento económico ha permitido que más personas se incorporen al mercado laboral; por otro lado, las políticas sociales adoptadas con un enfoque en los pobres, como los programas de transferencias monetarias condicionadas y el aumento del salario mínimo, jugaron un papel innegable en la caída de los índices de pobreza y miseria.

Otra parte argumenta que la orientación adoptada por los gobiernos progresistas no pretendía generar cambios significativos que alteraran los niveles de desigualdad o reformas estructurales que enfrentaran las bases que sustentan la organización social capitalista: la explotación de la fuerza de trabajo y la propiedad privada de los medios de producción. Por el contrario, en términos macroeconómicos, reforzaron las políticas neoliberales, especialmente la desindustrialización y la reprimarización de las economías, con un enfoque en las exportaciones de bienes primarios aprovechando el aumento de los precios de las materias primas; así como la expansión de las políticas extractivas que profundizaron la destrucción ambiental y los conflictos resultantes.

Sin estar necesariamente de acuerdo con la totalidad de los análisis aquí presentados, y reafirmando la necesidad de romper con cualquier linealidad y dicotomía para la explicación de temas tan complejos, es necesario considerar el agravamiento sin precedentes de la cuestión social y la insuficiencia de las políticas públicas adoptadas para revertir los altos niveles de pauperismo y desigualdad social, sin que se lleven a cabo reformas estructurales.

También hay que señalar que la desigualdad característica de la periferia capitalista imprimió huellas exponenciales de superexplotación de la fuerza de trabajo de la clase trabajadora, expandiendo los modos de opresión apoyados en un intenso proceso de deshumanización, producto de la colonización esclavista en América Latina y África. Un contexto que impulsa a considerar la cuestión social directamente entrelazada con la cuestión étnico-racial y sus conexiones estructurantes en las formaciones sociales dependientes en estos continentes.

Es en este contexto que debe situarse el debate sobre los progresismos y las políticas llevadas a cabo por gobiernos apoyados en una amplia coalición y conciliación de intereses. Considerando el suelo que estructura la cuestión social entrelazada con la cuestión étnico-racial, se justifican los análisis críticos del agotamiento de las formas de gestión de las tensiones sociales prevalentes en el continente, implementadas por los gobiernos progresistas, que han llevado al límite las posibilidades de inclusión dentro del orden, en el marco de una dinámica social que produce precariedad y pauperismo a escala masiva.

En el conjunto de cuestiones planteadas, se destaca el modelo de política pública adoptado por muchos gobiernos progresistas, basado en el estímulo del consumo masivo a partir de la expansión del crédito y el endeudamiento de los hogares—por ejemplo, en el caso brasileño, los períodos de Lula da Silva y Dilma Rousseff—. Como la expansión del crédito, en sus diferentes modalidades (tarjeta de crédito, crédito de nómina, financiamiento de vivienda, etc.), se da en un contexto de financierización de la economía y de las políticas públicas operadas por el Estado, este modelo es funcional a la lógica de bancarización y rentismo del gran capital. Diversos estudios (Ferreira, 2023) demuestran cómo la financierización del capital modifica los términos del endeudamiento popular, que pasa de ser un mecanismo auxiliar a la estrategia fundamental de reproducción de la fuerza de trabajo, en particular de las mujeres negras, lo que evidencia el carácter de género y racializado de las desigualdades sociales en Brasil y, en general, en el continente latinoamericano y africano.

En este sentido, Katz (2023) advierte que no hay que tener miedo a criticar el progresismo desde la izquierda porque:

Para forjar un rumbo de victorias populares hay que exponer los cuestionamientos al progresismo sin vergüenza, timidez o culpa. Ninguna de esas críticas favorece a la derecha, si es expuesta desde un campo de confrontación con las fuerzas reaccionarias y en un frente de batalla contra ese enemigo principal. No se puede construir un proyecto popular en silencio o con maniobras que eludan el debate. Los caminos alternativos no brotarán en forma espontánea, sin clarificar divergencias, ni asumir el costo de incomodar a los propios aliados. (p. 1)

4. Notas inconclusas: el pensamiento crítico en la encrucijada y los desafíos del trabajo social

El camino analítico emprendido en este estudio, que apunta a un abordaje crítico de las controversias de los progresismos y nacionalismos en América Latina y África a la luz de las configuraciones de la cuestión social y su agravamiento en las últimas décadas, debate el alcance de las luchas anticapitalistas para promover la erradicación de las causas estructurales que alimentan la desigualdad social en el capitalismo, más aún en el marco de los países periféricos y dependientes.

Este contexto desafía al trabajo social en dos dimensiones: como profesión inserta en la división socio-técnica del trabajo, como especialización del trabajo colectivo que actúa en la reproducción de la fuerza de trabajo, en la contradicción que se establece entre las demandas de la clase trabajadora y sus fracciones, y los intereses de los propietarios de los medios de producción (Iamamoto, 1982); y como profesión típica de la fase monopolista del capital, que implica su génesis, su desarrollo y su profundización hasta nuestros días, que tiene en el Estado y en las políticas sociales las mediaciones privilegiadas de la labor profesional de las (os) trabajadoras (es) sociales, *en condiciones diversas y particulares que exigen un examen cuidadoso de las realidades consideradas*. Sin esto, la cuestión social y sus múltiples refracciones no pueden ser correctamente decodificadas, así como las luchas anticapitalistas no pueden tener su alcance efectivo explicitado.

Lo que hay que subrayar es que el trabajo social es impensable sin la cuestión social. Su génesis como profesión e inserción en el mercado de trabajo, en diferentes regiones en la primera mitad del siglo XX, se debe a una compleja relación establecida entre: a) las demandas sociales, económicas y políticas impuestas por la clase trabajadora a partir de la segunda mitad del siglo XIX; b) la reorganización del papel del Estado y el uso de los recursos públicos en el campo de la reproducción social de la fuerza de trabajo y de las condiciones de vida de la clase trabajadora y c) las diversas acciones, especialmente de carácter higienista y/o religioso, su modernización (aggiornamento), para el desarrollo de acciones sociales y/o políticas sociales que actúen para regular la desigualdad social y mitigar la pobreza y el pauperismo. Así, para evitar cualquier dicotomía en el análisis del significado social del trabajo social, es imprescindible destacar que se trata de una profesión necesariamente polarizada por los intereses de clases opuestas, que coexisten en tensión y responde tanto a las demandas del capital como del trabajo, y que solo puede fortalecer uno u otro polo a través de la mediación de su opuesto (Iamamoto, 1982).

La profesión se reafirma al tener la cuestión social, en su complejidad, como referente indiscutible para el trabajo profesional, su objeto de estudio e intervención (Iamamoto, 2007), especialmente las fracciones más empobrecidas de la clase trabajadora. El proceso de

reestructuración productiva y las transformaciones actuales en el mundo del trabajo reafirman, de diferentes maneras, la precarización, la intensificación del trabajo, la subcontratación, el avance de acciones polivalentes con énfasis en las personas jurídicas, entre otras formas de compra y venta de fuerza de trabajo cada vez más flexibles (Antunes, 1999; 2018; Raichelis, 2020), afectando a los (as) trabajadores (as), también asistentes sociales. Esto en un escenario de creciente digitalización del trabajo, reducción de derechos, precariedad generalizada y desempleo estructural (Mészáros, 2022); además de la subsunción del trabajo profesional a nuevas formas de organización, control y gestión de las actividades, que desencadenan el acoso, el sufrimiento y la enfermedad derivados de las condiciones y relaciones de trabajo. Analizar la profesión y el trabajo de las (os) trabajadoras (es) sociales en este proceso de crisis estructural de la acumulación capitalista, dando visibilidad a la cuestión social y sus refracciones, en las condiciones particulares de la periferia del capital, es fundamental para situar críticamente la profesión en el presente (Siqueira da Silva , 2013).

Así, quedan varios interrogantes por profundizar: ¿sería posible que existiera un trabajo social constituido desde la periferia del capital (incluyendo Brasil y Angola), estructuralmente progresista y anticapitalista? Siendo una profesión polarizada por los intereses contradictorios del capital y del trabajo en permanente tensión, ¿pueden las (os) trabajadoras (es) sociales, inspiradas (os) en una perspectiva teórico-crítica, reforzar el polo del trabajo y estimular acciones anticapitalistas sin cultivar mesianismos? En el escenario contradictorio de los progresismos, de la tensión entre gestión de pauperismo extremo y las demandas estructurales, ¿es posible construir una profesión que recalque horizontes anticapitalistas?

En este contexto se inscribe la dialéctica de resistencia-dominación y las luchas anticapitalistas. Es desde esta perspectiva que se puede establecer una estrategia profesional y política que permitiría al trabajador (a) social orientarse, sin idealismos, en el horizonte de los intereses de la heterogénea clase trabajadora.

Referencias

- Amin, S. (2001). Capitalismo, imperialismo, mundialización. En J. Seoane y E. Taddei (Comps.), *Resistencias mundiales (de Seattle a Porto Alegre)*. CLACSO.
- Anderson, B. K. (2019). *Marx nas Margens: Nacionalismo, Etnia e Sociedades Não Ocidentais*. Boitempo.
- Antunes, R. (1999). *Adeus ao trabalho? Ensaio sobre as metamorfoses e a centralidade do mundo do trabalho*. Cortez.

- Antunes, R. (2018). *O privilégio da servidão*. Boitempo.
- Bensaid, D. (2015). *An impatient life. A memoir*. British Library.
- Bringel, B. y Muñoz, E. (2017). Imaginarios sobre el desarrollo en América Latina: entre la emancipación y la adaptación al capitalismo. *Revista Española de Desarrollo y Cooperación*, (39), 9-24.
- Castelo, R. (Org.). (2010). *Encruzilhadas da América Latina no Século XXI*. Pão e Rosas.
- Chasin, J. A. (2000). *Via colonial de entificação do capitalismo. A miséria brasileira — 1964-1994: do golpe militar à crise social*. Santo André (SP): Estudos e Edições AD Hominem.
- De Oliveira, F. (2020). *Crítica à razão dualista o ornitorrinco*. Boitempo.
- Fernandes, F. (1987). *A revolução burguesa no Brasil: ensaio de interpretação sociológica*. Guanabara.
- Fernandes, F. (2009). *Capitalismo dependente e classes sociais na América Latina*. Global.
- Ferreira, C. C. (2023). Endividamento da classe trabalhadora no Brasil: elementos para análise a partir da categoria superexploração da força de trabalho. *Serviço Social & Sociedade*, 146(3). <https://www.scielo.br/j/ssoc/i/2023.v146n3/>
- Ferro, M. (1996). *História das Colonizações: Das conquistas às independências — séculos XIII-XX*. Presença.
- Fontes, V. (2010). Prefácio. En R. Castelo (Org.), *Encruzilhadas da América Latina no Século XXI*. Pão e Rosas.
- Fuser, I. (2018). América Latina: progressismo, retrocesso e resistência. *Revista Saúde Debate*, 42(spe3). <https://doi.org/10.1590/0103-11042018S307>
- Harvey, D. (2011). *O enigma do capital e as crises do capitalismo*. Boitempo.
- Harvey, D. (2014). *O neoliberalismo: história e implicações*. Edições Loyola.
- Hobsbawm, E. (1996). *A era dos extremos*. Presença.
- Hobsbawm, E. J. (1988). *A era dos impérios*. Paz e Terra.
- Iamamoto, M. (1982). *Relações Sociais e serviço social no Brasil — esboço de uma interpretação histórico-metodológica*. Cortez.
- Iamamoto, M. (2001). A questão social no capitalismo. *Temporalis*, (3), 932.
- Iamamoto, M. (2007). *Serviço Social em tempo de capital fetiche — capital financeiro, trabalho e questão social*. Cortez.
- Iamamoto, M. y Dos Santos, C. M. (Orgs.). (2021). *A História pelo avesso: a reconceitualização do Serviço Social na América Latina e interlocuções internacionais*. Cortez.

- Ianni, O. (1988). A questão nacional na América Latina. *Estudos Avançados*, 2(1). <https://doi.org/10.1590/S0103-40141988000100003>
- Ianni, O. (2019). *A ditadura do grande capital*. Expressão Popular.
- Katz, C. (10 de febrero de 2023). Discusiones de la izquierda latinoamericana. *La página de Claudio Katz*. <https://katz.lahaine.org/discusiones-en-la-izquierda-latinoamericana/>
- Lenin, V. I. (2008). *O imperialismo: fase superior do capitalismo*. Centauro.
- Marini, R. M. (1973). Dialética da dependência. <https://www.marxists.org/portugues/marini/1973/mes/dialectica.htm>
- Marini, R. M. (2010). A crise do desenvolvimentismo. En R. Castelo (Org.), *Encruzilhadas da América Latina no Século XXI*. Pão e Rosas.
- Marini, R. M. (2013). *Subdesenvolvimento e revolução*. Insular.
- Marx, K. (1989). O método da economia política. En F. Fernandes (Ed.), *Marx e Engels: história* (3ª ed.). Ática
- Marx, K. (2009). *Para a questão judaica*. Expressão Popular.
- Marx, K. (2010). *Glosas críticas marginais ao artigo “O rei da Prússia e a reforma social”. De um prussiano. Lutas de classe na Alemanha*. Boitempo.
- Marx, K. (2013). *O Capital* (Livro I). Boitempo.
- Mészáros, I. (2015). *A montanha que devemos conquistar*. Boitempo.
- Mészáros, I. (2003). *Para além do capital*. Boitempo.
- Moura, C. (1988). *Sociologia do Negro Brasileiro*. Ática.
- Netto, J. P. (2001). Cinco notas a propósito da “questão social”. *Temporalis*, (3), 4149.
- Osorio, J. (2016). Razones estructurales del auge y declive de los gobiernos populares. En J. J. Carrillo Nieto, F. Escárzaga y M. G. Günter (Coords.), *Los gobiernos progresistas latinoamericanos: contradicciones, avances y retrocesos*. Itaca.
- Raichelis, R. (2014). A questão do neodesenvolvimentismo e as políticas públicas. Entrevista especial com Rodrigo Castelo. *Serviço Social & Sociedade*, (119), 583-591. <https://doi.org/10.1590/S0101-66282014000300009>
- Raichelis, R. (2020). Atribuições e competências profissionais revisitadas: a nova morfologia do trabalho no Serviço Social. En S. Moreira (Coord.), *Atribuições privativas do/a assistente social em questão* (vol. 2). <https://www.cfess.org.br/arquivos/CFESS202-AtribuicoesPrivativas-Vol2-Site.pdf>

- Scherer, M. I. (2016). Kwame Nkrumah, o neocolonialismo e o panafricanismo. En J. R. Macedo (Org.), *O pensamento africano no século XX*. Outras Expressões.
- Siqueira da Silva, J. F. (2013). *Serviço Social: resistência e emancipação?* Cortez.
- Wood, E. (2003). *Democracia contra Capitalismo: a renovação do materialismo histórico*. Boitempo.
- Yazbek, M. y Yamamoto, M. (Orgs.). (2019). *Serviço Social na História: América Latina, África e Europa*. Cortez.